

La expresión oral de los antiguos mexicanos está inmersa en un momento y un lugar determinados, en un eje existencial donde confluyen elementos de carácter social, religioso o mágico, en el que la palabra funciona tan sólo como un componente más de esa expresión integral. La danza, la música, la mímica, la pintura facial no pudieron, advierte Johansson, ser captadas en las circunstancias funcionales de su elocución, por ese receptor ajeno a la cosmovisión indígena.

Pues bien, la propuesta de Patrick Johansson para allegarse a los diversos testimonios de la oralidad mexicana, concentrados en los códices pre y posthispanicos y en los manuscritos recogidos por los frailes resulta muy original. Patrick procede al examen de cada *cuicatl*, de cada relato, de cada secuencia, aplicando los principios semióticos. Cada documento está compuesto por una serie encadenada de signos, cada signo que es relativo y que adquiere su valor por las relaciones que contrae con los demás, debe ser examinado a través de sus semas constitutivos en el marco de los sistemas lingüísticos y paralingüísticos.

Ahora bien, las explicaciones que Patrick nos proporciona sobre algunas de las modalidades de la oralidad mexicana aparecen contextualizadas dentro del pensamiento psicoanalítico y de la historia de las mentalidades.

Las polaridades del Eros y el Thanatos manifestadas en las más diversas culturas del hombre, se reflejan en la cosmovisión indígena, por un lado, en los eróticos cantos del *cuecuechcuicatl* o "canto travieso", donde se canalizan las formas más placenteras de la experiencia vital, y, por otro, en los *tlacolcuicatl*, o "canto de lamentación" en donde se llora la fragilidad de las relaciones humanas y la fugacidad de la vida. Patrick inserta, de este modo, los cuestionamientos existenciales del hombre prehispánico en el marco universal de los más hondos razonamientos humanos pero explica, a la vez, las particularidades de las manifestaciones que reflejan estas preocupaciones en la cultura amerindia.

La *palabra de los aztecas* es una nueva forma de acceder a los testimonios que los frailes españoles reunieron, en la que se rescata la pluralidad significativa de los distintos elementos que los conforman.

PILAR MÁYNEZ

Ángel Ma. Garibay K., *Poesía náhuatl*, 2ª ed. México, UNAM, 1993 (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 5), t. I, XLV, + 241 p., t. II: CXXXIII + 140 p., t. III: XLIX + 74 p.

La portada de los tomos informa someramente sobre su contenido.

En el primero de ellos se presentan los "Romances de los señores de la Nueva España" y el "Manuscrito de Juan Bautista de Pomar", fechado en Tezcoco, 1582. En el segundo, la colección de "Cantares mexicanos. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de México" (primera parte). Y en el tercero, la poesía dramática, parte complementaria de los mismos "Cantares mexicanos". En los tres tomos se ofrecen simultáneamente los poemas nahuas y la versión al español.

Para quien conozca la primera edición, la de 1964 parece no ofrecer muchas novedades; sin embargo, esta nueva publicación representa una oportunidad invaluable para las recientes generaciones universitarias, cada vez más numerosas. Los textos que integran la obra habían permanecido durante siglos en bóvedas de bibliotecas, hasta que la labor paleográfica y la versión en español del doctor Garibay los hizo accesibles a las mayorías. Este trabajo, benemérito por muchos conceptos, habría bastado para justificar un amplio periodo de cualquier existencia, pero aquí, además, se completa con una exposición crítica y una visión filológica verdaderamente doctoral. Ante el valor de las aportaciones de tal profesor, el lector debe aceptar —igual que en muchas otras obras del padre Garibay— que el maestro se vuelva dómine agrio y le escatime enseñanzas, seguramente sublimes, porque se ampliaría demasiado la disertación, porque se reserva para mejor oportunidad, porque teme no ser comprendido cabalmente... Lo que da, sin embargo, ilustra de manera copiosa una faceta de la literatura mexicana que, aunque ya explorada, exige un mayor número de estudios de hondo calado.

Por otra parte, aunque en la *Poesía náhuatl* no reincide —al menos de manera explícita— en la afirmación errada de *Poesía indígena de la Altiplanicie*, la visión parece similar. La introducción de este último texto principia con las siguientes palabras:

Atentado a la etimología es hablar de una literatura azteca. Esfuerzos habían hecho, y muy ingeniosos, las culturas prehispánicas para fijar sobre la piedra o el papel sus pensamientos: no llegaron, sin embargo, a descubrir el alfabeto que les permitiera fijar la palabra misma. Ideogramas simbólicos, algunos muy estilizados y cercanos al fonetismo, pero no letras, les sirvieron de vehículo de sus ideas.¹

En ellas salta a la vista la confusión. La literatura, nombre que arbitrariamente (no podía ser de otro modo) han recibido los mensajes

¹ *Poesía indígena de la Altiplanicie*, selección, versión, introducción y notas de Ángel María Garibay K. México, UNAM, 1940 p. vii. Biblioteca del Estudiante Universitario, 11).

en que priva la función poética, es independiente por completo de su virtual representación gráfica. La veta riquísima de la oralidad constituye el origen de la expresión lingüística con intenciones estéticas y es indudablemente el vehículo que prefieren los pueblos para conservar su tradición poética.² ¡Lástima que el padre Garibay no hubiera observado también desde esta perspectiva los textos prehispánicos. Su visión habría sido más plena. Los aspectos de la expresión artísticolingüística al margen de la letra, y el examen de la producción literaria general de un pueblo que cifraba sus posibilidades de comunicación mucho más en el oído que en la vista, son filones en espera de búsquedas y exégesis.

Los propios textos nahuas parecen acentuar el valor de la manifestación poética oral y de la tradición memorística:

Sólo iremos dejando al partir
nuestra tristeza, nuestro canto:
sólo mediante él es conocido uno,
se hace verdadero el canto.
¡Nos habremos ido a su casa,
pero nuestras palabras, nuestro canto
vivirá en la tierra!

(t. 1, p. 73)

Sin embargo, las probables carencias de la edición crítica se ven compensadas sobradamente por el análisis de otros asuntos también muy interesantes. La disposición formal de la poesía prehispánica, su métrica y su ritmo, por ejemplo, son atendidos por el padre Garibay como sólo puede hacerlo quien conozca de primera mano y a fondo la poesía náhuatl, hebrea, india, china, griega, latina. El tiempo, lamentablemente, impidió al sacerdote y profesor universitario cumplir este propósito. En la introducción del segundo tomo de *Poesía náhuatl* hay apenas atisbos de lo que prometía ser un trabajo de méritos incalculables.

En materia de historia, cuyo método sirve para la aproximación a los textos, los tres volúmenes son de gran riqueza informativa. La indicación frecuente del editor acerca de personajes, lugares, acontecimientos, costumbres, creencias es guía utilísima para una más plena comprensión de los poemas y del Manuscrito de Juan Bautista de Pomar.

² Cfr. Ong, Walter J. *Orality and literacy. The technologizing of the word.* New York, Methuen, 1985, *passim*.

En este orden, el libro del doctor Garibay es no sólo irreprochable, sino admirable.

La disposición de los textos responde, en principio, a criterios geográficos. En el primer volumen se agrupan algunos materiales de la producción tezcocana. Los "Romances de los señores de la Nueva España" son poemas —el nombre de romance es pura analogía con la especie próxima de la tradición hispánica— que circulaban activamente en la zona lacustre oriental; muchos de ellos, por supuesto, atribuibles a Nezahualcōyotl.

Comparte la poesía tezcocana con la poesía mexicana símbolos y temática. Parecería difícil lo contrario, dado el común origen. Flores, plumas, aves multicolores, piedras semipreciosas son el escenario del canto lírico en que el poeta suele expresar su tristeza por la fugacidad de la vida y por la incertidumbre del futuro posterior a la muerte. Son el motivo de gozo en esta tierra y a disfrutarlas invita la poesía. El "comamos y bebamos salomónico" y el "*carpe diem*" horaciano son cifras poéticas a que recurren todas las comunidades, según el autorizado decir del padre Garibay. No es, pues, significativa la coincidencia de nuestra poesía náhuatl con las culturas clásicas; pero la recurrencia si ha de serlo, especialmente por las hondas raíces ideológicas que deja entrever. A veces, la querella sólo aparenta una aflicción por el paso inexorable de la vida; en el fondo encubre el desamparo y la impotencia del ser humano enfrentado en este mundo a fuerzas muy superiores a la suya. Y suele presentarse aun en momentos de placer (*Vid.* t. I, p. 90-91).

Este dolor por la fugacidad de la vida no concuerda fácilmente con el carácter sagrado que los antiguos mexicanos concedían a la guerra florida y a la muerte a filo de obsidiana. ¿O es acaso que sólo tenían derecho a experimentar esa angustia los poderosos, entre quienes había que contar a los poetas, y no los vasallos, carne para el pedernal? Los legos requerimos una explicación más puntual de estas ideas, pues resulta violentamente contrastante la doble veneración de muerte y vida por parte de un mismo pueblo.

Como queda dicho líneas arriba, complementa el tomo I el "Manuscrito de Juan Bautista de Pomar". También este texto amerita comentario. Se trataba, hasta 1964, de un material prácticamente incógnito, pues sólo podían conocerlo los especialistas en la Biblioteca Nacional. Sus aportaciones para el conocimiento de la vida tezcocana anterior a la llegada de los españoles son, aparte de invaluable, de un enorme atractivo. Escrito por un descendiente en línea directa de Nezahualcōyotl, Nezahualpilli y Cacamatzin (este último, su abuelo),

en él transparece una sabiduría y una identificación exclusiva de quien ha averiguado los secretos de la cultura propia. La relación de Pomar aparece ilustrada por un glosario de arcaísmos, un vocabulario de voces nahuas y un índice onomástico de los personajes citados en la crónica, preparados para esta edición por Ángel María Garibay.

“Cantares Mexicanos” constituye la sustancia del segundo volumen de *Poesía náhuatl*. La colección, que comprende la poesía lírica de los pueblos tlacopense y mexica, es también objeto de una edición escrupulosa. El tercer tomo, por su lado, presenta la segunda parte de la colección. Su contenido resulta de un enorme interés. Reúne los primeros intentos de una poesía dramática, proveniente —igual que la griega en sus orígenes— de la expresión lírica dirigida a las divinidades. De estos dramas llama la atención, entre otros asuntos que sólo apreciará quien se apreste a la lectura cuidadosa de los textos, el tratamiento del tema erótico, tan escaso en la literatura prehispánica americana.

En publicación digna, aunque algunos aspectos tipográficos y de edición podrían mejorarse (es el caso, por ejemplo, de la uniformación actualizada de la ortografía y la nitidez de la impresión), el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM contribuye al logro del propósito del doctor Garibay: poner al alcance de muchos mexicanos el legado cultural, poético de las civilizaciones prehispánicas. El trabajo de Ángel María Garibay se presenta en esta obra con méritos gigantescos y debe ser aprovechado en toda su dimensión por el público universitario.

RUBÉN D. MEDINA

Témoignages de l'ancienne parole. Traduit du nahuatl par Jacqueline de Durand-Forest et présenté par Miguel León-Portilla, Paris, La Différence, 1991. (Les Voies du Sud).

Muchos de los textos clásicos en los que se encierra la esencia del pensamiento de las altas culturas de la Humanidad han tardado siglos en ser conocidos. Tras un proceso lento y gradual, primero los textos pasaron por las manos de filólogos e historiadores; después, por las de una minoría ilustrada que los hizo suyos; hoy día son patrimonio de una mayoría que, si no los ha leído a fondo, al menos sabe de su existencia y conoce su contenido. Pensemos por ejemplo en los clásicos griegos y romanos descubiertos en el Renacimiento y en la actualidad conocidos de todos.